

CRISIS REAL Y CRISIS FINGIDA

EDUARDO HARO TECLEN

DE todo el conjunto de síntomas que muestran como enardecida la actual situación internacional, el más grave es el que algunos llaman "la conversión de Carter". (Hablamos de síntomas, no lo profundo de la enfermedad.) La conversión de Carter aparece en esa frase que pronuncia para comentar ante el país —ante el mundo— la cuestión del Afganistán y su conversación privada con Brejnev —ahí le asalta una indignación puritana, más propia de un escolar que de un político de larga experiencia, y grita: "Me ha mentido" — en la que dice: "Mi opinión acerca de los rusos ha cambiado más drásticamente en la última semana que en los dos años y medio anteriores". Una semana después añadiría otra frase, cuya realidad o cuya ficción o mentira depende concretamente de lo que él mismo y su Administración vayan a hacer: "Estamos ante la crisis más grave que ha conocido el mundo después de la segunda guerra mundial". No se trata de cargar sobre Carter y sus gentes toda la responsabilidad de lo que está pasando y de lo que pueda suceder; no se ha tratado nunca aquí de disculpar, disfrazar o justificar la entrada soviética en el Afganistán. Pero sí de señalar que la Unión Soviética no es la única responsable del mundo en que vivimos, ni la única perturbadora, y que si este Júpiter-Carter que tiene en sus manos el rayo de la guerra decide emplearlo como respuesta a una situación tópica (tan tópica, por el otro lado, como la intervención de Estados Unidos en Corea o en Vietnam, por no hablar de otras repúblicas dominicanas), la razón le asiste al decir que nunca ha habido una situación tan grave.

La repentina recuperación de la vista de Carter le lleva a todas las simplificaciones posibles que conduzcan a la frase que hizo famosa Serrano Súñer desde el balcón de la calle de Alcalá, 43 —Secretaría General del Movimiento—, cuando decidió el envío de voluntarios a colaborar



Helmut Schmidt y Giscard d'Estaing, en el Eliseo: en busca de una postura europea común ante los acontecimientos de Afganistán.

con la invasión de la URSS: "Rusia es culpable". La abusiva simplificación lleva ya a los Estados Unidos a declarar que el anti-americanismo de Irán y la toma de Embajada y rehenes en Teherán no es obra directa de Jomeini y su régimen, sino de los estudiantes comunistas dirigidos desde Moscú. Una mano tendida a los iraníes, al mismo tiempo que con otra les amenaza con bloquear el paso de sus navíos por el golfo Pérsico; mano que Jomeini, a su vez, no rechaza, y le hace enviar mensajes tranquilizadores al Consejo de Seguridad anunciando que los rehenes serán liberados, sin necesidad de sanciones ni amenazas, siempre que se reconozca el principio de su derecho legal a reclamar la extradición del Sha y se forme un

comité de investigación que estudie las responsabilidades del antiguo régimen. Lo cual apoyan otros países en el seno del Consejo de Seguridad: todos están asustados ante la idea de bloquear a uno de los principales productores de petróleo; todos están asustados de ver a Jomeini pasar, por reacción, a la órbita soviética.

En el mundo están sucediendo simultáneamente dos crisis: una, real, y otra, fingida, exagerada, desorbitada. La crisis real tiene el nombre del petróleo, aunque sus componentes sean mucho más numerosos y más variados. Consiste en una forma de réplica de países explotados por el antiguo y el nuevo colonialismo al encarecer sus productos, multiplicada por las manipulaciones

de las grandes compañías, por los propios Gobiernos que administran la recepción de esos bienes —por la vía de la fiscalidad, de la distribución—, por las grandes presiones para la construcción de centrales nucleares; multiplicada también por los efectos sociales que en cada país produce esta nueva repartición de la pobreza, por una insurrección del Tercer Mundo que se levanta en muchos matices distintos —desde los comunicados coléricos de sus reuniones internacionales hasta la revolución viejo estilo de Irán, y el resurgimiento de nacionalismos, religiones, culturas y razas que han estado postergadas—. Todo ese gran conjunto de crisis, ese síndrome o reunión de algo más que síntomas ha ido conduciendo al mundo occidental a una situación en que su forma de vida parece insostenible, y es todo su concepto de sociedad y civilización el que quiebra. Se han ensayado diversas soluciones, y sólo parece encontrarse una válida, salvo que haya una marcha atrás: la guerra.

La crisis artificial consiste en encontrar que la culpable de esa situación es la Unión Soviética. Es, quizá, una manera psicológica de adelantarse a lo que la propia URSS pudiera hacer en el caso de una guerra contra los países productores de petróleo —una guerra general y amplia: la pequeña guerra de cuyo cometido se encargó a Israel ya no es suficiente—. O una manera de advertirla que un movimiento en falso en favor de esos futuros agredidos la arrastraría, a ella también, a esa guerra, fueran cuales fueran sus consecuencias. Naturalmente que no se puede considerar a la URSS inocente del movimiento mundial frente al nuevo colonialismo. Desde Cuba hasta Vietnam y Camboya, pasando por Etiopía, Angola o Yemen, la actuación soviética es continuamente favorable a los revolucionarismos antioccidentales. Forma parte de su política global, que es la política de la pasada guerra fría. Incluso parece aceptar el aspecto positivo, para



ella, de lo que acaba de llamar "la gran mutación del género humano" en el comunicado de uno de los sucesos políticos más sintomáticos de este tiempo: la visita del secretario general del Partido Comunista Francés, Marchais, a Brejnev y los grandes dirigentes del PCUS. Un posible abandono del eurocomunismo, que se manifiesta espectacularmente con la adhesión del PCF a la "ayuda militar" al Afganistán. En ese comunicado se dice pura y simplemente que "nuestra época es la del paso del capitalismo al socialismo; este es el tema de la lucha que está planteada a nivel planetario". Parece, por lo tanto, que los países capitalistas, tan bien representados por Washington, tienen algún apoyo doctrinal por el que sentirse desestabilizados por la URSS. Que, a su vez, tiene numerosos motivos pa-



Indira Gandhi: condenada a no poder sostener el neutralismo de su padre.

ra encontrar su régimen, su sistema, directamente desestabilizado y amenazado por los Estados Unidos.

La conversión de Carter en el asunto de Afganistán, que le permite dejar caer la supuesta venda ante los ojos, se produce en el momento deseado. El caso de Afganistán no le ha permitido, naturalmente, ver más claro de lo que veía, sino producir un cambio de actitud: el alejamiento de la suavidad diplomática que preconizaba su ángel bueno, Cyrus Vance, y la caída en los consejos de su ángel de espada flamígera, Brzezinski. Suave y temeroso para con Jomeini, que no solamente añade sus intereses vitales —el petróleo—, sino también su prestigio y "el honor de los Estados Unidos" —su propia frase—, se vuelve fiero con la Unión Soviética y comienza una operación de una envergadura inusitada, que envuelve al mundo entero.

Y comienzan a producirse sucesos. China cree llegada su hora: se pone delante de la nueva guerra fría y propone una alianza global antisoviética, que muy bien puede ser ya el primer paso de la guerra caliente, pero que no encuentra demasiados oyentes (no es China, evidentemente, todavía, quien puede controlar la crisis). India recupera a Indira Gandhi. Probablemente la habría recuperado de todas formas, pero en plena crisis tiene un carácter determinado. India está amenazada por Pakistán y a Pakistán le van a rearmar los Estados Unidos para compensar el suceso de Afganistán, independientemente

de todas las brutalidades de su Jefe de Estado, el general Zia, que no solamente ha ejecutado hace poco, después de torturarlo largamente, al anterior Jefe de Estado —Ali Bhutto—, sino que es el primer intervencionista de Afganistán: en Pakistán se adiestran algo más que guerrillas, un ejército regular de afganos contrarios a los sucesivos regímenes comunistas del desventurado país. Indira Gandhi, a su vez, propone otra alianza para reducir la tensión de la zona en que está enclavada: un acuerdo con otros países —Irán, Irak, Kuwait— que promocionaría una retirada de las tropas soviéticas de Afganistán a cambio de que Pakistán retrajese dentro de sus fronteras los cuatrocientos mil afganos que mantiene armados y adiestrados y que los Estados Unidos dejaran de enviar armas a Pakistán. Nadie la va a hacer caso. Pero Indira Gandhi parece condenada a no poder sostener el neutralismo que su padre —el Pandit Nehru— inició; si la llaman prosoviética —y lo era, sobre todo, por oposición a Pakistán y a China—, pro soviética la han vuelto a elegir, y parece que no tiene otro camino de elección, puesto que sus enemigos son los mismos que cuando abandonó el poder y ahora tienen más fuerza que antes.

Los neutralistas, los no alineados, los tercermundistas, o como se les quiera llamar, y ningún nombre les cuadra ya realmente, no se engañan con respecto al alcance de la crisis. Saben dónde está su debilidad y su riesgo. Así, Castro reasume ahora nuevos

poderes, acapara personalmente varios Ministerios en Cuba. No podían sustentarse grandes dudas acerca de que Fidel Castro tenía ya todos los poderes en su mano, pero el gesto es demostrativo de algo. Cuba sabe que en un caso de guerra, an parcial, sería la primera en sufrir el ataque. Una de las primeras expresiones de la nueva guerra fría fue, no lo olvidemos, acusar a Cuba de tener en su suelo soldados soviéticos. Mientras, en el otro extremo de los países llamados no alineados, Tito está viviendo lo que pueden ser sus últimos momentos, y muchos yugoslavos temen que, a su vez, su país será objeto cuando Tito desaparezca de una etapa de la guerra fría, de una lucha de Estados Unidos y de la Unión Soviética por ocupar —con quien sea— el poder en ese país. Aun así, todavía Tito desde la clínica ordena que se vote en contra de las sanciones a Irán, que se le preste ayuda; como lo hace Rumania, que fue también uno de los primeros puntos por donde empezó lo que se ha llamado "el cerco a la URSS".

Todo esto que está sucediendo no está sucediendo para nada. No es una mera crisis de las que se disuelven en el vacío, ni puede siquiera aventurarse la idea —algunos lo hacen— de que Carter y su partido la están utilizando para fortalecerse en pleno año electoral. La idea de los marginales de la política, de que al final servirá para que la Unión Soviética, por una parte, y los Estados Unidos, por otra, continúen dividiéndose el mundo en zonas de influencia, no es descabellada. La alternativa a la guerra mundial, que indudablemente puede temerse, es una serie de concesiones mutuas. Podría ocurrir que la Unión Soviética retirase las tropas de Afganistán, después de dejar bien implantado el régimen que han fortalecido; podría ocurrir que los Estados Unidos abandonasen paulatinamente la serie de medidas de represalia contra la URSS, o que las detuviesen en la medida de lo tolerable por ésta. Pero lo que no podrá ocurrir, tras esta crisis, es que Occidente siga viendo su horizonte sin salidas, porque es absolutamente incapaz de reconvertir en otra cosa su civilización, o que la URSS se sienta amenazada en puntos vitales. Porque si una de estas dos cosas sucede, o las dos simultáneamente, como está pasando ahora, entonces la guerra mundial sería inevitable. ■